

KIM STANLEY ROBINSON

NUEVA YORK

2140



minotauro

KIM STANLEY ROBINSON

# Nueva York 2140

**minotauro**

Título original:  
*New York 2140*

Primera edición: marzo de 2018

© Traducción de Manuel Mata, 2017  
© Kim Stanley Robinson, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2018  
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona

[www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0496-8  
Depósito legal: B 3561-2018  
Fotocomposición: dâctilos  
Impresión: Black Print

Impreso en España  
*Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

## a) Mutt y Jeff

**E**l que escribe el código genera el valor.

—Eso ni siquiera se acerca a la verdad.

—Claro que sí. El valor reside en la vida y la vida está codificada, como el ADN.

—¿O sea, que las bacterias tienen valores?

—Claro. Todas las criaturas vivas quieren cosas y las persiguen. Desde los virus y las bacterias hasta nosotros.

—Lo que me recuerda que te toca limpiar el baño.

—Lo sé. La vida significa muerte.

—¿Lo harás hoy?

—En algún momento del día. Volviendo a mi argumento: nosotros escribimos código. Y, sin ese código, no existen ordenadores. Ni finanzas, ni dinero, ni valor de intercambio, ni valor en general.

—Salvo lo último, entiendo lo que quieres decir. ¿Y?

—¿Hoy has leído las noticias?

—Pues no, claro.

—Deberías. Son malas. Se nos comen.

—Qué novedad. Es lo que has dicho: la vida significa muerte.

—Más que otras veces. Esta vez es demasiado. Nos van a dejar en los huesos.

—Ya. Por eso vivimos en una tienda de campaña sobre un tejado.

—Exacto. Y ahora, a la gente le preocupa incluso la comida.

—Lógico. Ese es el auténtico valor: tener la tripa llena. El dinero no se come.

—¡Eso es lo que estoy diciendo!

—Pensé que estabas diciendo que el auténtico valor es el código. Una declaración propia de un programador, debo añadir.

—Mutt, a ver si me entiendes. Intenta seguir mi argumentación. Vivimos en un mundo donde la gente finge que el dinero lo compra todo, por

tanto el dinero es lo único importante, por tanto trabajamos por dinero. El dinero se concibe como el valor.

—Vale, eso lo entiendo. Estamos arruinados, lo entiendo.

—Bien, sigue así. Pasamos la vida comprando cosas con dinero, en un mercado que fija todos los precios.

—La mano invisible.

—Exacto. Los vendedores ofrecen cosas, los compradores las adquieren y, en ese flujo de oferta y demanda, se determina el precio. Es un proceso colectivo. Es democrático. Es capitalista. Es el mercado.

—Es cómo funciona el mundo.

—Exacto. Y está mal.

—¿A qué te refieres con «mal»?

—Como los precios son siempre demasiado bajos, el mundo está jodido. Estamos en un periodo de extinción masiva, sube el nivel del mar, cambia el clima, hay crisis alimentarias... Todo lo que no sale en las noticias.

—Y todo por culpa del mercado.

—¡Exacto! Y no por fallos del mercado. Es que el mercado es un fallo en sí.

—¿Por qué?

—Porque las cosas se venden por menos de lo que cuesta hacerlas.

—Eso parece el modo perfecto de llegar a la bancarrota.

—Sí, y a muchas empresas les pasa. Y a las que no, no es que vendan por debajo del precio de coste. Simplemente ignoran algunos costes. Esas empresas están sometidas a una enorme presión para que vendan al precio más bajo posible, porque los compradores solo compran las versiones más baratas de cualquier cosa. Así que lo que hacen es sacar algunos de los costes de producción de los libros de contabilidad.

—¿No pueden reducir los sueldos de los trabajadores?

—¡Eso ya lo han hecho! Era lo más fácil. Por eso todo el mundo está en la bancarrota, salvo los plutócratas.

—Cuando dices eso siempre pienso en el perro de Disney.

—Nos han sacado la sangre como sanguijuelas. No lo soporto más.

—Hasta la última gota. Y el señor plutócrata nos roe los huesos.

—¡A todos! Estamos bien roídos. Nos han dejado secos. Hemos estado pagando una fracción de lo que cuestan realmente las cosas, mientras el planeta y los trabajadores que fabrican esas cosas corrían con los gastos.

—Y, a cambio, han conseguido una tele barata.

—Exacto. Para poder ver algo interesante mientras están ahí sentados, arruinados.

—Lo malo es que no hay nada interesante.

—¡Pero ese es el menor de sus problemas! Aparte de que sí se pueden encontrar cosas interesantes.

—Por favor, permíteme que discrepe. Ya lo hemos visto todo un millón de veces.

—Como todo el mundo. Lo que digo es que el aburrimiento por una televisión de baja calidad es el menor de nuestros problemas. La extinción masiva, el hambre, la falta de futuro para nuestros hijos... Esos sí son problemas. Y la cosa está peor cada día. La gente sufre cada vez más. Te juro por Dios que, si las cosas siguen empeorando, me va a estallar la cabeza.

—Lo que pasa es que estás cabreado porque te han desahuciado y vives en una tienda de campaña sobre un tejado.

—¡Eso es solo una parte! Una parte dentro de un todo muy grande.

—Vale, tienes razón. ¿Y qué?

—Pues mira, que el problema es el capitalismo. Tenemos tecnología avanzada y un planeta fantástico y nos lo estamos cargando todo con leyes estúpidas. Eso es el capitalismo: un montón de leyes estúpidas.

—Vale. Supongamos que te digo que también tienes razón en eso. ¿Qué podemos hacer?

—¡Son leyes! ¡Y son globales! Se extienden por toda la Tierra. No hay forma de escapar. Estamos todos dentro. Hagas lo que hagas, ¡gana el sistema!

—Sigues sin decirme qué podemos hacer.

—¡Piénsalo! ¡Las leyes son códigos! Que existen en ordenadores y en la nube. ¡Dieciséis leyes gobiernan el mundo entero!

—Pocas me parecen a mí. O muchas.

—No. Es algo más elaborado, claro, pero al final todo se reduce a dieciséis leyes básicas. Lo he analizado.

—Como siempre. Pero siguen siendo demasiadas. Nunca hay dieciséis de nada. Están las ocho verdades nobles, están las dos hermanastras malvadas. Si me apuras, puede haber doce de algo, como los pasos de desintoxicación o los apóstoles, pero lo normal es que no pase de un dígito.

—Déjate de tonterías. Son dieciséis leyes, distribuidas entre la Organización Mundial del Comercio y el G20. Transacciones financieras, intercambio de divisas, legislación comercial, legislación fiscal, legislación de sociedades... Es todo lo mismo.

—Pues yo sigo pensando que dieciséis son demasiadas. O muy pocas.

—Dieciséis, hazme caso. Y están codificadas. Y se pueden cambiar si modificas el código. Escucha lo que te digo: si cambias esas dieciséis leyes, es como girar una llave en una gran cerradura. La llave gira y el sistema pasa de malo a bueno: empieza a ayudar a la gente, a requerir tecnologías limpias, a restaurar el medio ambiente, a detener las extinciones. El sistema es global, así que el enemigo no puede trabajar fuera de él. El dinero sucio se convierte en polvo, lo mismo que los actos malvados. Nadie haría trampas. Obligaría a la gente a portarse bien.

—Jeff, por favor... Me das miedo.

—¡Yo solo lo digo! Además, ¿qué puede dar más miedo que lo que hay ahora?

—¿El cambio? No sé.

—¿Y por qué iba a dar miedo el cambio? No puedes ni leer las noticias, ¿a que no? Porque dan pavor.

—Y porque no tengo tiempo.

Jeff ríe mientras baja la cabeza hasta apoyar la frente sobre la mesa. Mutt también, al ver a su amigo tan feliz. Pero su dicha es muy concreta. Son socios, se divierten mutuamente, trabajan largas horas escribiendo código para ordenadores en la zona alta que realizan operaciones de alta frecuencia. Ahora, por culpa de algunos reveses de la fortuna, pernoctan en un hotelo, en el piso de la granja sin paredes de la antigua torre Metropolitan Life, desde donde se puede contemplar en toda su extensión el sur de Manhattan anegado, como una especie de Supervenecia, majestuosa, acuosa, extraordinaria. Su ciudad.

—Mira —dice Jeff—, nosotros sabemos entrar en los sistemas. Sabemos programar. Somos los mejores programadores del mundo.

—O de este edificio, al menos.

—No, no, ¡del mundo! Y, gracias a mí, ya estamos donde tenemos que estar.

—¿Cómo?

—No te lo pierdas. Construí unos canales ocultos durante aquel trabajo que hicimos para mi primo. Estamos ahí dentro y tengo preparados los códigos de reemplazo. Dieciséis revisiones a las leyes financieras, más una patada en el trasero de mi primo. Que la SEC se entere de lo que está haciendo. Y además, con financiación para investigar esa mierda. Tengo un *shunt* subliminal preparado que enviará algo de alfa a la cuenta de la SEC.

—Ahora sí que me das miedo.

—No me extraña, pero mira, compruébalo. A ver qué te parece.

Mutt mueve los labios mientras lee. No es que esté repitiendo las palabras en silencio. Es una especie de estimulación cerebral tipo Nero Wolfe. Es su ejercicio de neuróbica preferido, de los muchos que tiene. Comienza a masajearse los labios con los dedos mientras lee, lo que revela la hondura de su preocupación.

—Pues sí —dice después de unos diez minutos de lectura—, ya veo lo que tienes montado. Y me gusta, supongo. Casi todo. Ese viejo troyano de Ken Thompson funciona siempre, ¿verdad? Es como una ley de la lógica. Podría ser divertido. Casi seguro que lo es.

Jeff asiente. Pulsa la tecla «Entrar». Su nuevo sistema de código sale al mundo.

Salen del hotelo y se apoyan en la barandilla del piso de la granja del edificio, desde donde contemplan la ciudad anegada en dirección sur, subyugados de whitmaravilla. ¡Oh, Mannahatta! Allá abajo, las luces parpadean sobre el agua negra. En dirección al centro, algunos rascacielos con las luces encendidas iluminan las torres en penumbra, dándoles un brillo geológico. Es extraño, hermoso y aterrador.

Suena un pitido dentro de su hotelo y apartan la tela que hace las veces de entrada para asomarse al interior de la gran tienda cuadrada. Jeff lee en la pantalla de su ordenador.

—Mierda —dice—. Nos han localizado.

Ambos se quedan mirando la pantalla.

—Pues sí, mierda —dice Mutt—. ¿Cómo es posible?

—¡No sé, pero significa que yo tenía razón!

—¿Y eso es bueno?

—¡Hasta puede que haya funcionado!

—¿Tú crees?

—No —responde Jeff con el ceño fruncido—. No sé.

—Siempre pueden recodificar lo que haces, esa es la cosa. Cuando lo descubren.

—Entonces, ¿deberíamos largarnos?

—¿Adónde?

—No sé.

—Es lo que has dicho antes —señala Mutt—. Es un sistema global.

—¡Sí, pero esta ciudad es enorme! Hay recovecos por todas partes, montones de lugares oscuros. La economía sumergida y tal. Podríamos zambullirnos y desaparecer.



—¿En serio?

—No sé. Podríamos intentarlo.

Entonces se abren las puertas del gran montacargas del piso de la granja. Mutt y Jeff se miran. Jeff señala las escaleras con el pulgar. Mutt asiente. Se deslizan bajo la pared de la tienda.

Por resumir...  
propuso Henry James

## b) Inspectora Gen

La inspectora Gen Octaviasdottir estaba en su oficina, tarde de nuevo, recostada en la silla, tratando de reunir las fuerzas necesarias para levantarse e irse a casa. Un suave repiqueteo sobre la puerta anunció la llegada de su ayudante, el sargento Olmstead.

—Sean, déjate de tonterías y pasa.

Su joven *bulldog* de refinados modales hizo pasar a una mujer de unos cincuenta años. De aspecto vagamente familiar. Metro setenta, entrada en carnes, cabellera negra y densa, entreverada de blanco. Traje de negocios, bolso de gran tamaño. Ojos inteligentes y grandes, que observaban fijamente a Gen; boca expresiva. Sin maquillaje. Una persona seria. Atractiva. Pero de aspecto tan cansado como la propia Gen. Y un poco insegura por algo, puede que por aquel mismo encuentro.

—Hola, soy Charlotte Armstrong —dijo—. Vivimos en el mismo edificio, creo. La antigua torre Metropolitan Life, en Madison Square.

—Ya me parecía que me sonaba su cara —dijo Gen—. ¿Qué la trae por aquí?

—Tiene que ver con nuestro edificio, por eso he pedido verla. Han desaparecido dos residentes. ¿Sabe esos dos chicos que vivían en el piso de la granja?

—No.

—Puede que no les hiciera mucha gracia hablar con usted. Aunque tenían permiso para estar allí.

La torre Met era una cooperativa propiedad de sus residentes. La inspectora Gen había heredado el piso de su madre hacía poco y no prestaba demasiada atención a las cuestiones administrativas. Muchas veces tenía la sensación de que solo iba allí a dormir.

—¿Y qué ha pasado?

—No se sabe. Han desaparecido de un día para otro.

—¿Alguien ha revisado las cámaras de seguridad?

—Sí. Por eso he venido a verla. La última noche que los vieron, las cámaras estuvieron apagadas durante dos horas.

—¿Apagadas?

—Hemos comprobado los archivos de vídeo y en todos hay un lapso de dos horas.

—¿Como en un apagón?

—Solo que no hubo ningún apagón. Y las cámaras tienen baterías de emergencia.

—Qué raro.

—Lo mismo pensamos nosotros. Por eso he venido a verla. Vlade, el supervisor del edificio, habría denunciado la desaparición, pero yo tenía que venir aquí de todos modos en representación de un cliente, así que, después de presentar la denuncia, pedí hablar con usted.

—¿Va a volver ahora a la Met? —preguntó Gen.

—Sí, eso pensaba.

—Pues vamos juntas, ¿no? Yo me iba en este momento.

Se volvió hacia Olmstead.

—Sean, ¿puedes buscar el informe sobre esto y ver qué puedes averiguar sobre esos dos hombres?

El sargento asintió con la mirada clavada en el suelo, tratando de aparentar que no le acababan de hacer una jugarreta. Se echaría a llorar cuando se marcharan.

Armstrong se encaminaba a los ascensores cuando, para su sorpresa, la inspectora Gen sugirió que fueran andando.

—No sabía que hubiera puentes volantes entre aquí y allí.

—Directos, no —le explicó Gen—, pero se puede coger el que va de aquí a Bellevue y luego bajar las escaleras, cruzar en diagonal y tirar hacia el oeste por la vía volante de la Treinta y tres. Son unos cuarenta y dos minutos. El vapor tardaría treinta, veinte con suerte. Así que suelo ir caminando. No me viene mal estirar las piernas; y además así podremos charlar.

Armstrong asintió sin estar de acuerdo, antes de subirse el bolso más cerca del cuello. Así favorecía la cadera derecha. Gen trató de recordar algún detalle de los frecuentes boletines que recibía de la Met. En vano. Pero estaba casi segura de que aquella mujer había sido presidenta de la junta ejecutiva de la cooperativa desde que Gen se había mudado para hacerse cargo de su madre, lo que sugería tres o cuatro mandatos, algo a lo

que poca gente se presentaría voluntaria. Le dio las gracias por el servicio y luego le preguntó por ello.

—¿Por qué tanto tiempo?

—Porque estoy loca, como parece estar sugiriendo.

—En absoluto.

—Pues tendría razón si lo hiciera. Es que prefiero estar ocupada. Sufro menos estrés.

—¿Estrés por el estado del edificio?

—Sí. Es algo muy complicado. Pueden pasar montones de cosas.

—¿Se refiere a las inundaciones?

—No, eso está más o menos controlado. Por suerte, porque si no, estaríamos jodidos. Es algo que requiere atención, pero para eso tenemos a Vlade y a sus trabajadores.

—Parece buen tío.

—Él es genial. El edificio es la parte fácil.

—La gente, entonces.

—Como siempre, ¿no?

—Es en lo que yo trabajo.

—Y yo. De hecho, el edificio en sí es una especie de alivio. Algo que se puede arreglar.

—¿En qué especialidad de Derecho trabaja?

—Inmigración e intermarea.

—¿Trabaja para la ciudad?

—Sí. Bueno, trabajaba. El departamento de inmigración y refugiados es semiprivado desde el año pasado, y yo con él. Ahora nos llaman Sindicato de Propietarios. Supuestamente es una agencia público-privada, lo que quiere decir que las dos partes nos ignoran.

—¿Siempre ha trabajado en esto?

—Trabajé en ACLU hace tiempo, pero sí. Para la ciudad, sobre todo.

—O sea, ¿que se dedica a defender inmigrantes?

—Trabajamos con inmigrantes, personas desplazadas y, en realidad, cualquiera que solicite nuestra ayuda.

—Pues debe de estar muy ocupada.

Armstrong se encogió de hombros. Gen la condujo hasta el ascensor del anexo noroeste de Bellevue, por el que bajarían hasta el puente volante que discurría de edificio en edificio en dirección al extremo norte de la Treinta y tres. La mayoría de los puentes volantes iban de norte a sur o de este a oeste, lo que obligaba a dar lo que Gen definía como «saltos

de caballo». Desde hacía poco, algunos edificios, más altos, ofrecían movimientos de alfil, cosa que agradaba a Gen, quien, en sus movimientos por la ciudad, procuraba encontrar las rutas más cortas con pasión de jugadora de ajedrez. Atajar, lo llamaban algunos jugadores. Ella lo que habría querido era moverse como una reina, siempre en línea recta hacia su destino. Pero eso no era posible en Manhattan, como tampoco en un tablero: la cuadrícula dictaba su propia lógica en ambos casos. Pero, aun así, podía visualizar el destino en su cabeza y trazar la línea más recta que se pudiera imaginar, diseñar mejoras y por fin medir su efectividad en su terminal de muñeca. Algo muy sencillo, comparado con el resto de su trabajo, donde tenía que hacer frente a problemas mucho más ambiguos y desagradables.

Armstrong caminaba lentamente a su lado. Gen empezaba a lamentarse por haber sugerido ir a pie. A ese ritmo iban a tardar una hora. Hacía preguntas para que la abogada no reparase en su incomodidad. Unas dos mil personas vivían allí ahora, respondió Armstrong. Setecientas unidades, aproximadamente, de los pisitos individuales a los apartamentos colectivos de grupos grandes. La conversión en residencial se había producido tras el Segundo Pulso, en los años de inundada equidad.

Gen asentía mientras Charlotte esbozaba aquella historia. Su padre y su abuela habían servido en el cuerpo durante los años de las inundaciones, le contó Armstrong. No había sido fácil mantener el orden.

Finalmente llegaron al lado oriental de la Met. El puente volante que salía del techo de la antigua oficina postal penetraba en el edificio en el decimoquinto piso. Al traspasar las puertas triples, la inspectora saludó con la cabeza al guarda de turno, Manuel, que estaba conversando con su muñeca y se sobresaltó. Gen volvió la vista hacia atrás por las puertas de cristal; en el nivel de los canales, el círculo de tuberías que dejaba al descubierto la marea baja era de un verde negruzco. Sobre él, los muros de los edificios cercanos eran de granito, piedra caliza o una arenisca verdosa. La piedra estaba recubierta de algas por debajo de la línea de la marea alta, y de moho y líquenes por encima. Unas rejas de color negro cubrían las ventanas que había justo encima. Más arriba las ventanas no tenían rejas y muchas de ellas estaban abiertas. Una agradable noche de septiembre, ni asfixiante ni húmeda. Un momento de paz en la desapacible climatología de la ciudad, un momento para disfrutar.

—Entonces, ¿los chicos que han desaparecido vivían en el piso de la granja? —preguntó Gen.

—Sí. Venga a echar un vistazo, si no le importa.

Cogieron un ascensor hasta la granja, que ocupaba toda la galería abierta de la torre Met entre los pisos treinta y uno y treinta y cinco. El monumental espacio estaba lleno a rebosar de jardineras y por el aire esferas hidropónicas tapizadas de hojas verdes. La cosecha estival parecía lista para la recolecta: tomates y calabazas, judías, pepinos y pimientos, trigo, especias, etcétera. Gen no se dejaba ver mucho en la granja, pero de vez en cuando le gustaba cocinar un poco, así que le dedicaba una hora al mes para tener derecho a reclamar su parte. El cilantro estaba empezando a brotar. Las plantas maduraban a distintas velocidades, como las personas.

—¿Vivían aquí?

—Exacto. En la esquina sureste, cerca de la caseta de las herramientas.

—¿Y cuánto hacía?

—Unos tres meses.

—Nunca los vi.

—Dicen que no hablaban con nadie. Perdieron su casa, no sé cómo, así que Vlade les montó un hotelo que llevaban.

—Ya veo.

Los hotelos eran habitaciones que se podían guardar en una maleta. Como no eran demasiado sólidos, lo normal era desplegarlos dentro de otros edificios. Por lo general, brindaban un espacio privado dentro de sitios abarrotados.

Gen paseó por la granja en busca de anomalías. Los arcos de la galería estaban rodeados por una barandilla que le llegaba a la altura del pecho, y eso que ella era una mujer alta. Al asomarse sobre la barandilla, vio una red de seguridad, unos dos metros por debajo. Rodearon la galería por el interior de los arcos hasta llegar al hotelo, en la esquina sureste. La inspectora se arrodilló para inspeccionar el suelo de tosco hormigón: ni rastro de nada sospechoso.

—Los forenses tendrán que analizar esto más a fondo.

—Sí —dijo Armstrong.

—¿Quién les dio permiso para vivir aquí?

—La junta de residentes.

—¿Estaban teniendo problemas para pagar el alquiler o algo así?

—No.

—Vale, realizaremos el protocolo habitual para casos de personas desaparecidas.

La situación tenía algunas particularidades que despertaban la curiosidad de Gen. ¿Por qué habían acudido allí los dos hombres? ¿Por qué los habían aceptado cuando el edificio ya estaba abarrotado?

Como siempre, la lista de sospechosos comenzaba en el círculo de conocidos inmediatos.

—¿Cree que el supervisor estará en su despacho?

—Suele estar ahí.

—Pues vamos a hablar con él.

Bajaron en el ascensor. El supervisor estaba sentado ante una mesa de trabajo que ocupaba una pared entera del despacho. La pared en cuestión, que era de cristal, permitía ver el gran embarcadero de la Met, en el antiguo tercer piso, ahora inundado.

El hombre se levantó y saludó. Gen lo había visto por allí otras veces. Vlade Marovich. Alto, fornido y de miembros largos. Parecía un montón de losas amontonadas. Casi metro noventa, pelo negro. La cabeza, un bloque de madera cortado a hachazos. Inconformidad eslava, escepticismo, un poco de acento. Incómodo cerca de la policía, quizá. Feliz no, en todo caso.

Gen hizo preguntas, lo observó mientras describía lo sucedido desde su perspectiva. Estaba en posición de sabotear las cámaras. Y parecía receloso. Pero también cansado. Tiempo atrás, Gen había llegado a la conclusión de que, por lo general, la gente deprimida no participa en conspiraciones criminales. Aunque nunca se sabe.

—¿Vamos a cenar? —les preguntó—. Me ha entrado un hambre terrible y ya conocen el comedor. Solo se sirve a los primeros que llegan.

Los otros dos eran muy conscientes de ello.

—Podemos comer juntos y me cuentan más cosas. Mañana daré un empujón a la investigación en la oficina. Voy a necesitar una lista de toda la gente que trabaja para usted en el edificio —dijo a Vlade—. Nombres y fichas.

Vlade asintió con cara de pocos amigos.



El porcentaje de descuento elegido se torna decisivo para el análisis total.

Si es bajo, el futuro se torna más importante y si es alto, lo desdeña.

—Frank Ackerman, *Can We Afford the Future?*

La moraleja es evidente. No puedes fiarte de un código

que no es obra tuya por completo. Hacer mal uso

de un ordenador es como conducir borracho.

—Ken Thompson, *Reflections on Trusting Trust*

Pájaro en mano vale aquello que trae.

dijo Ambrose Bierce